

IDENTIDAD Y EXCLUSIÓN DE LA VEJEZ EN LA SOCIEDAD GLOBALIZADA

DE LOS REYES, MARÍA CRISTINA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA.

RESUMEN

Viejos prejuicios en nuestra sociedad se actualizan y devienen en conductas discriminatorias hacia la vejez en un contexto que es denominado por sus exégetas “globalizado”. Lo que diferencia al anterior orden social del actual así denominado, es centralmente la profundización del individualismo, expresado en una exacerbación del interés por el éxito económico, la perfección de acuerdo a modelos de salud y belleza dominantes y el desinterés transformado en exclusión hacia las minorías de poder. En este trabajo analizaré las construcciones discursivas y las prácticas sociales hacia los viejos, y los procesos identitarios que legitiman dichas construcciones. Los procesos identitarios rebelan un diálogo social e individual en el que intervienen las definiciones sociales, las personales y las del yo. Entre las identidades sociales de los viejos distinguiré dos que a mi entender reproducen el orden globalizado en su característica más esencial: la de los viejos “exitosos” o activos y la del viejo “dependiente” o inactivo. Por último reflexionaré sobre el riesgo de considerar la identidad como característica estable y coherente del sujeto individual o social, en un contexto en el que se asiste al debilitamiento y flexibilización de la misma por la influencia de un contexto de saturación social.

Identidad y exclusión de la vejez en la sociedad globalizada

LOS REYES, MARÍA CRISTINA¹

Introducción

El presente trabajo tiene por objetivo realizar una aproximación al análisis de los procesos identitarios y su relación con la construcción de discursos y prácticas acerca de la vejez en la sociedad globalizada. Constituyen características predominantes de esta sociedad la tendencia a la homogeneización cultural por la influencia de los medios de comunicación masivos, la concentración de dichos medios y de la riqueza en un sector numéricamente cada vez más restringido, la vasta extensión de las tecnologías de la comunicación y la saturación consecuente del yo, la profundización de los procesos de exclusión y marginalidad al mismo tiempo que el avance del individualismo.

Es en este contexto en el que analizaré la construcción, transformación y debilitamiento de la identidad del viejo, utilizando el concepto “viejo” para evitar los eufemismos por los que el conocimiento científico y el sentido común construyen una realidad que reconoce el miedo ascencial del género humano a la vejez, la muerte y la exclusión.

Debe tenerse en cuenta la relevancia que adquiere el abordaje de una realidad como la del envejecimiento de la población en nuestro país y en la ciudad, en tanto en el primero la población mayor de sesenta años constituye un trece por ciento del total (Oddone, 1999) y en la segunda conforma un dieciseis por ciento, según datos del Censo Nacional de Población de 1991. Las tendencias demográficas en este aspecto muestran que números absolutos y relativos en las franjas etáreas de edades superiores a los sesenta tienden a aumentar. Los dos motivos más importantes de este incremento están relacionados con el aumento de la longevidad y con la disminución de la natalidad, agregándose en nuestra ciudad el factor migratorio por el que personas recientemente jubiladas esperan encontrar en Mar del Plata mejor calidad de vida para sus últimos años (de los Reyes, 1999).

Basaré este análisis en un marco teórico y metodológico que reconoce los aportes de la fenomenología y el materialismo histórico a la construcción de las teorías de la identidad. Estas últimas están presentes con diferentes grados de desarrollo en el corpus teórico del interaccionismo simbólico de George Herbert Mead, Herbert Blumer y Erving Goffman, y del construccionismo social representado por Peter Berger y Thomas Luckmann, Tomás Ibáñez y Kenneth Gergen, entre otros autores. Fuentes primarias como lo son las entrevistas tomadas a un sector de la población “no vieja” de Mar del Plata en un trabajo de campo realizado por alumnos de la Facultad de Psicología en setiembre de 2000 son presentadas como ilustración de reflexiones inspiradas en recorridos teóricos y experiencias investigativas.

Vejez en la sociedad global

Viejos prejuicios en nuestra sociedad se actualizan y devienen en conductas discriminatorias hacia la vejez en un contexto que es denominado por sus exégetas “globalizado”. Lo que diferencia al anterior orden social del actual así denominado, es centralmente la profundización del individualismo, expresado en una exacerbación del interés por el éxito económico, la perfección de acuerdo a modelos de salud y belleza dominantes y el desinterés transformado en exclusión hacia las minorías de poder.

Este orden social tiene por gurúes a los economistas del establishment y políticos transformados en gerentes de los intereses transnacionalizados de las grandes empresas. Ganancias financieras rápidas, desmedidas en relación a lo que se considera gastos en políticas sociales, son el objetivo excluyente de estos actores públicos. Desde sus miradas, los sectores vulnerables son dignos de atención sólo si consumen sus productos y servicios a costos inalcanzables para una mayoría empobrecida. El envejecimiento poblacional no es un tema de la agenda pública en nuestro país, y la sociedad civil recién comienza a prestar atención al mismo. Ejemplos de este interés reciente son las investigaciones que en distintas universidades nacionales se desarrollan, incluidas las experiencias de Universidades para la Tercera Edad o programas de extensión dirigidos a personas de edad avanzada. Una red antropológica

¹ Licenciada en Sociología .Profesora Titular regular Psicología Social de la Licenciatura en Servicio Social, Profesora Adjunta regular Psicología Social de la Licenciatura en Psicología, y Directora Grupo de Investigación Psicología Social para la Prevención en Salud - Universidad Nacional de Mar del Plata. Directora Proyecto de Investigación en el citado Grupo: “Diálogo de perspectivas en la internación geriátrica”, período 2000-2002.. E-mail : delosrey@mdp.edu.ar

latinoamericana por el mejoramiento de la calidad de vida y una organización de alcance nacional destinada a la coordinación de esfuerzos no gubernamentales de apoyo a la vejez muestran un interés de conocimiento y organizativo nunca antes manifestado.

Lo señalado en último término nos permite aprehender la complejidad de la realidad social y su expresión en el plano de los discursos y las prácticas acerca de la vejez, contradictorias y cambiantes estas últimas, inspiradas al mismo tiempo por el pensamiento dominante como por la necesidad de simbolizar una realidad que no encaja en ese pensamiento.

Los procesos de construcción, mantenimiento y cambio de identidades

Filósofos como Leibnitz, Locke y Kant procuraron obtener conocimientos empíricos sobre la identidad, pero siempre el concepto terminaba por entrar en el terreno de la metafísica. Será William James desde el pragmatismo quien sienta las bases del concepto moderno de identidad. La tarea filosófica del pragmatismo ha consistido en reinterpretar los conceptos de mente e inteligencia en los términos biológicos, psicológicos y sociológicos que destacaron las corrientes de pensamiento posdarwinianas. Autores de diferentes disciplinas tienen como importante referente sus desarrollos teóricos, en los que ciencia y filosofía no son consideradas antagónicas.

George Mead (1863-1931), considerado uno de los precursores en el mundo anglosajón de la Psicología Social, fue un pragmatista en el terreno filosófico. Sostiene que la persona surge en un contexto social, es una construcción social y una estructura social. Su objetivo fue mostrar el necesario entronque de lo individual en lo colectivo y viceversa, elaborando dos conceptos fundamentales de su teoría, como son el *yo* y el *mí* (Mead, 1976).

George Mead, la dialéctica marxista, la fenomenología de Husserl y los aportes de Durkheim y Weber constituyen los antecedentes de la teoría constructorista en los desarrollos de Peter Berger y Thomas Luckmann, quienes entienden que la identidad constituye un elemento clave de la realidad subjetiva y en cuanto tal, se haya en relación dialéctica con la sociedad. La identidad como subproducto de la realidad se forma a través de tres momentos dialécticos: externalización, objetivación e internalización (Berger y Luckmann, 1968).

Erving Goffman, sociólogo estadounidense que inaugura la corriente dramática del interaccionismo simbólico – doctor en filosofía por la Universidad de Chicago –, explica cómo la identidad de la persona, en un sentido amplio, es una construcción social que emerge de la interacción y necesita de sutiles estrategias para mantenerse. En “La presentación de la persona en la vida cotidiana” (1959) y “Estigma, la identidad deteriorada” (1963), Goffman describe esas estrategias en detalle mediante el informe de observaciones naturalistas y el análisis de fragmentos de diarios íntimos, correspondencia y textos literarios.

La vejez como identidad deteriorada ó estigma

Son especialmente los conceptos desarrollados en “Estigma” los que utilizaré para abordar el análisis de la identidad en la vejez. Para el autor el estigma es un atributo de la persona que es reducida a un ser desvalorizado, por la visión que tenemos de la misma al estar presente ante nosotros. En ese encuentro “el extraño” puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás dentro de la categoría de personas a la que él tiene acceso, y lo convierte en alguien menos apetecible (en casos extremos en una persona malvada, peligrosa o débil). El estigma “a veces recibe también el nombre de defecto, falla o desventaja”. El término estigma será utilizado para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador, “pero lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos” (Goffman, 1963, pág. 13). De este modo, un atributo que estigmatiza a una persona puede confirmar la normalidad de otro, no siendo honroso ni ignominioso en sí mismo.

Goffman menciona tres tipos de estigma: a) Las distintas deformaciones físicas; b) Los defectos del carácter del individuo: falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad; y c) Estigmas triviales de la raza, nación y religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia (Goffman, 1963, pág. 14).

En las sociedades contemporáneas las personas de edad madura – sospechosas de ser viejas – tienden a ocultar o disimular por diversos medios atributos que conforman la identidad esperada de las personas de edad muy avanzada: arrugas; canas; curvaturas en la espalda; caminar defectuoso; roles considerados no propios de la juventud, como el de abuelo o abuela, ser jubilado o jubilada; estados de ánimo depresivos y el no desempeño de actividades físicas o culturales con gran despliegue de actividad.

En nuestro contexto histórico y cultural, las señales que marcan una diferencia desacreditable para las personas consideradas viejas son las que corresponden a los dos primeros tipos de estigma para Goffman: deformaciones físicas y defectos del carácter. Las “deformaciones físicas” son señales inequívocas en la percepción social de los considerados viejos, aprehendidos en tanto tales por referencia a los aspectos **cronológicos** o **biológicos**, tal como lo expresaron los entrevistados de treinta a cuarenta años de la ciudad de Mar del Plata en el mes de octubre de 2000:

“Aquellos que piensen, que pensemos, que uno puede ser eternamente joven, pueden tener un problema de adaptación muy serio cuando llegue esa etapa, como consecuencia de la resistencia a la vejez. Creo que es resistirse a envejecer, a las canas, a las arrugas, a la pérdida de la vitalidad física...en definitiva, resistirse a la muerte. Y en algunos casos, resistencia a la marginalidad, a ser marginados socialmente...la vejez es algo incómodo, un poco molesta”. (Masc., 41 años, comerciante).

“En mi trabajo hay gente que está en trámites de jubilarse. Las actividades que desarrollan dentro del trabajo no son de gran actividad física, ni mucho menos. Creo que están más para la actividad pasiva que otra cosa. Físicamente no están dotados como para realizar grandes trabajos, o que demanden un mínimo de esfuerzo, y si lo hacen, les cuesta mucho, y se les nota que les cuesta mucho...y más no se les puede pedir” (Masc, 35 a., empleado municipal).

“ Considero vieja a una persona cuando se jubila, pero vieja por los achaques de la vida, o sea, por lo físico” (Masc., 35 a., empleado).

“Ternura, y por otro lado incompresión,[refiere a sentimientos propios hacia la vejez] porque no comprendo que en la vida tengamos que terminar así, viejos...viejos. Creo que tendría que ser mucho más llevadera la vida, porque la vejez parece por momentos un castigo para el ser humano, porque vienen los achaques, vienen las dolencias, vienen las ausencias...” (Masc., 41 a., comerciante).

En cuanto a los “defectos del carácter” entre los que Goffman cita falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas y deshonestidad – inferidos todos ellos de informes sobre perturbaciones mentales, reclusiones, adicciones a drogas, alcoholismo, homosexualidad, desempleo, intentos de suicidio y conductas políticas extremistas –, encontramos todos aquellos atributos referidos a la vejez rebeladores de un **estado de ánimo ó dimensión psicológica**:

“La vejez también la veo relacionada con la falta de ganas, falta de empuje, falta de proyectos...algo así como vegetar en vez de vivir, aunque seas joven” (Fem., 32 a.; ama de casa).

“Considero que son sabios, y a veces, un poco cargosos” (Masc., 41 años, comerciante).

“Vejez es perder las ganas de vivir. Se es viejo cuando se deja de soñar, cuando se deja de tener motivos para vivir, cuando dejás de luchar” (Fem., 41 a., empleada municipal).

“Podés ser joven y al mismo tiempo viejo, hay personas que están viviendo la vejez y sin embargo tienen mucho espíritu de vida y de lucha” (Masc., 35 a., empleado municipal).

“Lo fundamental es la salud, tanto física como mental, vos vas sintiendo, se va sintiendo los achaques por el lado de los huesos, algún problema de...qué se yo...de estómago o algún problema físico, o vas notando pérdida en algunas cosas, como puede ser la memoria o la agilidad para resolver algún problema, o bueno, al perder tu actividad al momento de jubilarte, es como que todo ese sentimiento que tenés de ser útil no lo podés explotar” (Masc., 35 a., empleado).

“Yo creo que también el viejo es como que se encierra en sí mismo y forma una coraza de no penetración y se entrega muchas veces a la vida. Se aísla de sus seres y aísla a sus seres...yo creo que se aíslan muchas veces” (Fem., 35 a., profesional).

La construcción de la identidad en el discurso de sentido común rebela así el prejuicio hacia los viejos por su incapacidad física o mental, por la resistencia a aceptar esa incapacidad, por la ausencia de proyectos y ganas de vivir. Hasta se afirma que se “es” viejo cuando se acusan estas últimas características, en los dichos de una de las entrevistadas. El discurso cotidiano disfraza de este modo un prejuicio ancestral que reproduce los opuestos irreconciliables del pensamiento occidental: vida-muerte; juventud –vejez; actividad-inactividad; autonomía-dependencia, entre otros pares conceptuales que atraviesan el conocimiento filosófico, científico, religioso, artístico y de sentido común.

El interés suscitado por la promoción de un envejecimiento activo y la relativa superación del “viejismo” como prejuicio, a partir de la difusión de nuevas teorías científicas sobre la vejez (Rodríguez, 1994), han originado al mismo tiempo nuevos prejuicios hacia los ancianos que contradicen el modelo de vejez “exitosa” (Fericgla,1994). Estos últimos son los que se ven afectados por diferentes tipos de dependencia, contribuyendo a reforzar su vulnerabilidad y la de los cuidadores que los asisten. La

existencia de un clima cultural y social en el que se profundiza el proceso de individualización o personalización de las relaciones sociales (Lipovetsky, 1995) y el desentendimiento del Estado de sus obligaciones en la atención a los sectores más vulnerables de la población constituyen factores centrales en el contexto de producción de nuevos prejuicios y el debilitamiento de las redes de apoyo familiares y sociales. Los nuevos prejuicios actúan a manera de ideología que justifica las críticas a los viejos inactivos, que sufren aislamiento y discriminación, y que no desarrollan actividades como las esperables en las personas no viejas.

Como ejemplo de prejuicios internalizados y generalizados en personas pertenecientes a diversos grupos de edad, incluidos los grupos de viejos, reproduzco los dichos de una mujer de cincuenta y ocho años que participó en los torneos que el gobierno de la Provincia de Buenos Aires organiza para los viejos, a los que denomina “abuelos”:

“Yo por ejemplo en todo esto que me está pasando me salvan, entre comillas. Yo estoy haciendo teatro, estoy haciendo coro, trabajo, no me quiero jubilar, entonces algunos amigos me dicen ¡ah!, no te querés jubilar porque no querés ser vieja! Mentira, eso de la vejez...Yo no voy a meter una vieja dentro mío, eso lo tengo claro. Sí voy a ser vieja, pero no la voy a meter adentro...Yo estoy haciendo yoga, estoy haciendo gimnasia, como puedo, porque no me voy a comparar...Yo creo que una señal de no pasar la vejez mala es no compararse con la gente joven, no competir”.

Si analizamos los dichos de esta mujer podemos afirmar que sus convicciones en relación a la vejez son expresadas a través de ideas contradictorias, en un marco de correspondencia con las ideas coexistentes en nuestro contexto. La identidad del viejo ha sido aprehendida como algo natural, y en esa identidad la inactividad física es incuestionable como atributo. Junto a las expectativas en la interacción, los argumentos que valoren positivamente la actividad física conformarán un deseo de diferenciación de los viejos. Al mismo tiempo la entrevistada muestra aceptación de su condición – por definición o identidad social -, de persona que está próxima a jubilarse, es decir, vieja, cuando expresa que no hay que “compararse con la gente joven”. Otra norma social que determina los comportamientos para cada edad.

Tres momentos en la construcción de la identidad

A los desarrollos sobre el estigma Goffman enlaza el análisis de tres momentos que interactúan en la construcción de la identidad. Ellos son la identidad social, la personal y del yo.

La primera es el resultado de las inferencias que en los encuentros cara a cara se realizan a partir del conocimiento de categorías sociales a las cuales se espera pertenezca el “extraño”, en la medida en que, como miembro de una de esas categorías, sus atributos se perciben como corrientes y naturales (Goffman, 1963, pág. 11-12). Es en relación al estigma que Goffman estudia el proceso de percepción de los otros y la consecuente identificación de los mismos, en razón de poseer esos “otros” atributos profundamente desacreditadores. En el caso de los viejos, atributos desacreditadores son destacados para identificar y marginar a los mismos y a todos aquéllos que ilegítimamente exhiban esos atributos, defender la propia identidad distanciándose de los viejos, o advertir a los demás que no serán bien conceptuados socialmente aquellos que porten signos desacreditadores.

La identidad personal conforma la diferenciación o “unicidad” de las personas que pertenecen a determinadas categorías sociales y que por lo tanto poseen una identidad social. Goffman afirma que la identidad personal en tanto unicidad implica dos ideas: las marcas positivas o soportes de la identidad y la combinación única de los hechos en una biografía. Ello implicará el desempeño de un rol estructurado, rutinario y estandarizado en la organización social. De las definiciones de la identidad social y personal se deduce que las dos son identidades construídas por los otros.

En las entrevistas realizadas a personas de treinta a cuarenta años encontramos implícita o explícitamente numerosas referencias a una autoidentificación del viejo en potencia que cada uno percibe que “es”. En esa autoidentificación se expresa el sentimiento propio hacia la identidad social del viejo, o identidad del yo para Goffman. Reflexionan los entrevistados:

“Hay gente que nunca quiere llegar a viejo, porque es vanidoso, porque lo arruga, pero vos tenés tu etapa, vos tenés tu vida. Por ahí a veces a alguno le pasa que querés volver a tener la edad de G. , mi hijo, cómo me gustaría volver a eso, pero ya pasaste por esa edad, él también va a llegar el momento en el que va a pensar que le gustaría volver, pero en ningún momento, qué se yo, las canas mías...ni siquiera pienso. Por ejemplo, hay gente que se tiñe, yo pienso que cada etapa la tenés que ir asimilando” (Masc., 35 a.).

“Me da un poco de cosa ese estado [respuesta a la pregunta sobre sentimientos propios acerca de la vejez] pero entendeme bien, te hablo de las personas jóvenes que son viejas, no de las personas mayores” (Fem., 32 a., ama de casa).

Identidad social y personal son comparadas por Goffman con la identidad del yo, concepto que toma de Erik Erikson en tanto sentido subjetivo de la propia situación, continuidad y carácter que un individuo alcanza como resultado de las diversas experiencias sociales por las que atraviesa.

En Goffman, esta idea de identidad del yo permite explorar los sentimientos que la persona tiene con relación al estigma y a su manejo. En la interacción del poseedor de una identidad social estigmatizada con su identidad personal, el mismo experimenta ambivalencia respecto de su yo. En el campo de la Psicología Social el tema de la identidad atraviesa los procesos básicos intervinientes en la interacción social, tales como percepción, atribución, memoria, actitud, representación social y comunicación. La ambivalencia respecto del yo destacada por Goffman es constitutiva del sentido común, que es conocimiento de receta, suspensión de dudas y autoevidencia, construyendo nuestras percepciones a los límites de esquemas tipificadores que nos preceden y coercionan. Pero la realidad no puede reducirse a esquemas, estereotipos o conceptos científicos, estos últimos devenidos en nuevos estereotipos que condicionan abordajes y prácticas de conocimiento. El sentido común construye imágenes, conceptos, atribuciones, ideas y teorías que guían nuestras comunicaciones y conductas, y dichos fenómenos serán coherentes entre sí en uno o más individuos en tanto la realidad para los mismos no presente problemas. En este último caso las contradicciones inherentes a la vida cotidiana y el conocimiento que la legítima se hacen evidentes, imponiéndose la reflexión crítica de esa cotidianeidad y el conocimiento correspondiente. Afirma Goffman:

“Es evidente que el individuo construye una imagen de sí a partir de los mismos elementos con los que los demás construyen al principio la identificación personal y social de aquél, pero se permite importantes libertades respecto de lo que elabora” (Goffman, 1963, pág. 127).

La acción social e individual no está determinada, desde este punto de vista, por valores, ideologías, actitudes, creencias, instintos, pertenencia a una clase social, tendencia religiosa, afiliación política ni ocupación o profesión particular. Este es el contexto en el cual se interpretan las acciones y roles de los otros, contexto que constituye el marco de la acción, pero no la acción misma. Dicho contexto es el marco en el que la persona interpreta, reflexiona y toma decisiones, interviniendo su propia experiencia en relación a la situación, su biografía y sus expectativas. Contexto personal y social, experiencia y expectativas son aún el marco en el que la persona decidirá su estrategia de presentación y acción efectiva, pero será su interpretación de dicho contexto y de la situación lo que determinará la acción. En tanto la identidad social y personal son definiciones de los otros acerca del sujeto de que se trate, y la identidad del yo es la respuesta de ese sujeto en tanto interpretación de esas definiciones, se describe un diálogo de perspectivas complejo y contradictorio, en el que según el grado de conflicto entre definiciones divergentes, se construirán identidades coherentes con el pensamiento social dominante o en abierta contradicción con el mismo. Es el continuo que se observa entre las ideologías, las representaciones sociales sobre temas o problemas de interés social, las actitudes hacia otros o hacia fenómenos relevantes de la vida social. Es la complejidad que nunca puede ser reducida a una idea, un concepto o una tipificación, al nivel interpersonal ni al macrosocial. Aquellos fenómenos del pensamiento social o estos niveles de la vida humana intervienen activamente en todo proceso de interacción. La libertad a la que hace referencia Goffman en el plano individual y de la propia construcción de la identidad es la posibilidad, en otro plano, de la deconstrucción de sistemas de pensamiento y realidades. Deconstrucción posible no sólo en el nivel del pensamiento sino también, o al mismo tiempo, en el de las prácticas que inspiran y condicionan ese pensamiento.

El yo saturado y la superación de prejuicios hacia la vejez

El concepto de “yo saturado” fue formulado por Kenneth Gergen, psicólogo social estadounidense que en la década del ochenta inicia la corriente postmoderna en la psicología desde una perspectiva que se denominará construccionista. El construccionismo tiene sus raíces en los interaccionistas simbólicos y los representacionistas sociales en cuanto a la construcción social de la realidad; en el carácter histórico de los fenómenos de la conducta humana de los materialistas, en la lectura crítica de la sociedad de la Escuela de Frankfurt; y en los hermeneutas y lingüistas (especialmente Wittgenstein) (Banchs, 1994).

En su obra “El yo saturado” (1992) Gergen explica que el concepto moderno de identidad perderá su vigencia, en tanto éste es por definición una referencia a la unicidad, diferencia y semejanza al mismo tiempo, estabilidad y continuidad. El contexto histórico y cultural de las sociedades contemporáneas *erosionan el yo* por la existencia de una pluralidad de voces que rivalizan. La rigidez implícita en la

adopción de una identidad que tiene limitados referentes sociales en las identidades que corresponden a la categoría de personas que representamos – representación de varios roles en diferentes escenarios según la complejidad en la que se participa -, es reemplazada por el predominio de las tecnologías de la información, la diversidad de ofertas de los mass media, los viajes internacionales y la circulación vertiginosa a través de estas vías de una infinita variedad de opciones culturales y sociales. El efecto de esta saturación es la **fragmentación, colonización y debilitamiento del yo**.

El *debilitamiento personal* se produce no sólo por saturación de opciones y modelos culturales para la adopción y desempeño de roles, sino particularmente por lo que Gergen denomina “espiral ascendente de la terminología sobre deficiencias humanas”: bulimia, obsesión, crisis de identidad, psicosis, crisis de la madurez. El uso científico y su penetración en el saber popular transforma estas categorizaciones empleadas en los diagnósticos médicos o psicológicos en defectos o anomalías que desacreditan al individuo. El debilitamiento personal crea la necesidad de un profesional para el tratamiento de patologías.

La *fragmentación del yo* es un proceso iniciado en el siglo XIX con la complejización cada vez mayor de las sociedades y profundizado durante el siglo XX por el desarrollo tecnológico. Dicha fragmentación es analizada en los procesos de construcción de la identidad social y personal por Goffman en el contexto estadounidense, al describir las estrategias de encubrimiento del estigma y su efectividad en la concurrencia a diferentes medios sociales de la persona estigmatizada. Sin embargo, Gergen demostrará convincentemente que al menos dos discursos o visiones del mundo coexisten produciendo incertidumbre en la sociedad contemporánea: la romántica y la moderna, visiones que a su vez se encuentran erosionadas por el contexto de saturación social, en el que rivalizan una pluralidad de voces. Predomina de esta forma el cuestionamiento, la ironía y el ensayo de otras realidades a modo de juego.

La reconstrucción permanente de identidades y las sustituciones del yo cuestionan el concepto de yo como unidad diferenciable y permanente.

Desde la perspectiva de Gergen, una identidad estigmatizada como la del viejo sería pasible de transformaciones. De hecho las cirugías, los tratamientos para adelgazar y de belleza, la práctica de ejercicios físicos y deportes, así como el aprendizaje de una interminable lista de saberes (artísticos, literarios, científicos, oficios manuales y una extensa lista de actividades recreativas, entre las que se incluye el turismo), transforman la identidad socialmente esperada de los viejos. Deberán éstos y los no viejos justificar el aprendizaje de nuevos saberes así como la adopción de prácticas orientadas a esa transformación, en tanto la identidad social y personal son imperativos de disposiciones internas y apariencias que se constituyen en norma.

Se expresará a través de las reconstrucciones y sustituciones del yo el fenómeno de fragmentación, por el cual las personas viejas y todos aquellos dispuestos a evitar el envejecimiento experimentan rechazo por la vejez, en tanto ésta significa para ellos dependencia, escasos recursos, marginalidad, soledad, enfermedad y muerte. Este rechazo coexiste con el deseo de ser aceptados socialmente por exhibir conductas de tolerancia y comprensión hacia los más débiles, así como respeto por las generaciones que nos antecedieron. Por ello hablarán de “sabiduría”, identificarán a los viejos a través de rótulos que inspiren ternura como el de “abuelos”, y reivindicarán con un grito de guerra a la vejez “exitosa”. El éxito será medido con la vara del individualismo, ya que ser un “viejo activo” dependerá de las ganas y la voluntad del mismo, estar integrado es un logro de las personas equilibradas, ecuanímes e independientes, y estar sano es el producto de todo lo antedicho más una cuota de sabiduría. El cuestionamiento a las identidades dominantes contribuyó a la erosión del modelo de viejo como enfermo y aislado, produciendo nuevas imágenes de un viejo activo e integrado.

Los viejos activos suelen reunirse en los clubes y asociaciones de jubilados para realizar actividades físicas y recreativas, en una práctica de mejoramiento de su calidad de vida que oculta la falta de ejercicio de la solidaridad social. Esta solidaridad que está ausente en el marco social y político más amplio (de los Reyes, 1999) es reproducida en las organizaciones de viejos, donde están ausentes las prácticas solidarias con los que presentan cualquier tipo y grado de dependencia (Oddone, 1999). En el caso extremo, el de la institucionalización de larga estadía en establecimientos geriátricos, los viejos internados no reciben apoyo de estos centros, ni se generan en los mismos iniciativas para la asistencia domiciliaria o en centros de día (delos Reyes, Tarrío y Aroza, 2000). Una jerarquización de las responsabilidades en la atención de las personas mayores de setenta y cinco años, vulnerabilizadas por deterioro biológico propio y debilitamiento de las redes de apoyo se impone en la crítica de los discursos y prácticas relacionadas con la vejez, adjudicando el grado más elevado al Estado en todos sus niveles y

sus representantes, a los organismos encargados de legislar y velar por el cumplimiento de esas leyes, hoy inexistentes, a las obras sociales y los organismos profesionales en cualquiera de las disciplinas, a las organizaciones no gubernamentales entre las cuales se encuentran las destinadas a la atención de la tercera edad, y por último a la familia y la red social no organizada del anciano.

A manera de conclusión, cabe reflexionar sobre los enfoques teóricos utilizados para pensar la identidad de la vejez en este trabajo como marcos complementarios. En el caso del construccionismo, aparece más intensamente el cuestionamiento a identidades que universalizarían discursos y prácticas, determinándolas rígidamente. La posibilidad de cuestionar visiones generalizadoras y estereotipantes de la vejez, deconstruyendo los discursos para mostrar su construcción como producto de contextos históricos y culturales particulares, es ya un avance en la dirección de una sociedad más humana, que permita la integración de los viejos injustamente excluidos en nuestro país.

Referencias bibliográficas

Banchs, M.A.: Corrientes teóricas en Psicología Social. Desde la psicología social experimental hasta el movimiento construccionista. Universidad Central de Venezuela. Trabajo inédito. Caracas, 1994.

Berger P. y Luckmann T. (1968, 1º edic. en inglés): La construcción social de la realidad. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

de los Reyes M. C., Tarrío S. y Aroza A.: Diversidad de perspectivas y realidades en el cuidado de ancianos, en Revista Argentina de Geriátría y Gerontología de la Sociedad Argentina de Geriátría y Gerontología – Tomo XX – Año 19 – Nº 3 - Diciembre 2000.

de los Reyes M.C. (1999): Imagen y prácticas de la internación geriátrica, en Prácticas Comunitarias, varios autores, Ed. Espacio, Buenos Aires, en prensa.

Fericgla. J. (1994): Envejecer. Una antropología de la ancianidad. Ed. Anthropos, Barcelona.

Gergen Kenneth J. (1992): *El yo saturado*. Ed. Paidós, Barcelona, 1993.

Goffman E. (1963): Estigma. La identidad deteriorada. Bs. Aires, Amorrortu, 1970.

Lipovetsky G. (1983): *La era del vacío*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1995.

Mead G. (1976): Espíritu, persona y sociedad. Ed. Paidós, Buenos Aires.

Oddone M.J. (1999): Envejecimiento y cambio social, en *Hechos y derechos*, publicación Nº 6, Subsecretaría de Derechos Humanos y Sociales, Buenos Aires.

Rodríguez A. (1994): Dimensiones psicosociales de la vejez, en José Buendía (comp.): *Envejecimiento y psicología de la salud*, Siglo XXI de España Editores S.A.